

La dedicatoria

Teolinda Gersão

Seguro notó usted que dejé pasar a todas las personas, me quedé de último a propósito. Quería hablarle de una cosa que probablemente le va a parecer absurda. Fue por eso que me quedé hasta el fin, prefiero que no haya personas escuchando, si bien no es nada del otro mundo porque estas cosas ahora son el pan nuestro de cada día. Antes no lo eran.

Bueno, era sólo esto: quería pedirle una dedicatoria, pero no exactamente como cualquier otra —usted, señora escritora, ya puso hoy más de quinientas, debe dolerle la mano de tanto usar el bolígrafo—. Sólo usa el bolígrafo en estas ocasiones, me imagino, habitualmente debe escribir en el computador, como todo el mundo. Yo ya no sería capaz de vivir sin computador, es mi compañero. El computador y la televisión.

Pero quería hablarle de la dedicatoria. Aunque tenga debilidad por el computador. Es casi una persona, no le parece, él responde, entiende, se percató de si lo que hacemos está bien o mal, cumple órdenes, hace preguntas, nos conecta con el mundo —si bien a mí el mundo me interesa poco— y es inteligente, hasta más inteligente que nosotros. Y tiene sentido del humor, el muy bandido. Hace poco estaba jugando contra él muy tarde por la noche, siempre me quedo jugando hasta muy tarde, él me estaba ganando desde hacía varias horas, incluso parecía que me hacía trampa, hasta que perdí la cabeza y lo mandé a la mierda, ¿y sabe lo que él me respondió? “No puedo ir en esa dirección”. Tal cual, con todas las letras. Es una respuesta de los mil demonios. Me desarmó, dígame usted si en el momento exacto cualquiera tendría una respuesta de esas en la punta de la lengua. Me ganó otra vez y yo le dije: Márcate dos tantos, chico, sabes más de lo que te enseñé.

A un tipo así no le hace falta hablar, ya nació aprendido. La gente le enseña a los animales, tuve un papagayo —pero la señora tiene prisa y no le deben interesar los papagayos—, disculpe mi cháchara, sé que a veces hablo demasiado, estoy un poquito nervioso con lo que le voy a pedir, pero creo que me va a entender, usted entiende bastante bien al ser humano, y es por eso que me gustan sus libros. Mis favoritos son *La mujer con cabeza de caballo* y *Paisaje con paraguas*. A veces me pregunto admirado cómo se le ocurren tantas cosas, pero no se preocupe, no le voy a preguntar porque sé que tenemos poco tiempo. A mí también se me ocurren muchas cosas,

sólo que no las sé escribir. Ya lo he intentado, pero al poco desisto, no tengo paciencia. O tal vez lo que no tengo es vocación.

Sin embargo mi vida serviría para una buena novela. O para una película. Hasta me parece mejor para una película: comienza con el batir de una puerta y una mujer que se va. Se lleva una maleta con ropa y se marcha. Sólo con su propia ropa, no se lleva nada mío. Ni dinero, ni nada. Sólo lo que era suyo. Pero eso lo vi hasta después, en ese momento no vi nada, ella se fue cuando yo estaba fuera. Cuando llegué sentí la casa vacía.

Pero la veo siempre salir y cerrar la puerta tras de sí. Incluso cuando cierro los ojos continúo viéndola, es como la escena de una película: ella agarra su maleta, abre la puerta y se va.

Es entonces cuando pienso: la escena comienza mucho más atrás. Ella primero tuvo que hacer las maletas, y, para eso, abrió gavetas y armarios y fue sacando la ropa. Pudo haberla sacado y doblado cuidadosamente o nada más la arrancó del armario en sus ganchos. Usted ya vio escenas de estas en las películas, estoy seguro. ¿Ya reparó que en las películas meten siempre la ropa colgada de sus ganchos? No tiene sentido porque ocupa más espacio, pero no es el espacio lo que aflige a las personas, es la prisa, tienen siempre mucha prisa por marcharse. Por eso nunca vemos lo que sacan de los armarios más allá de un bulto sin forma de trajes y vestidos —sólo más tarde, cuando reconstruimos, vemos que debieron llevar también ropa interior, zapatos, cinturones, artículos de baño—. En el momento no piensan, ¿pero considerarán que podrían volver para llevarse lo que olvidaron? Lo dicho: pañuelos, perfumes, etc. Podrían volver y buscar las cosas, pero no vuelven, salen corriendo, a veces ni cierran la maleta, la mitad de las cosas se les caen por el camino.

Sin embargo —¿se acuerda?— hay ocasiones en que miran para atrás un instante antes de cerrar la puerta. Sólo un segundo. Es diferente haber mirado, o no, para atrás ¿No le parece? Hace toda la diferencia.

También hay ocasiones en que las personas dejan mensajes, una carta, o hasta unos garabatos hechos a toda prisa. Como cuando se matan. Hay una especie de muerte en estas escenas, ¿no le parece? Muerte para quien se va o para quien se queda, o para ambos.

Pero ella no se mató. Apenas cambió de vida, de apartamento, de calle, de hombre, claro que había otro hombre en la historia. Cuando quise matar a alguien pensé en él de inmediato. Después en mí. Nunca pensé en matarla a ella. Creo que él fue más astuto, yo ni me daba cuenta —o tal vez ella fingió bien, al menos durante algún tiempo—. También eso me recuerda las películas —ella representando un papel, simulando que no había nadie más—y después las grandes escenas de lágrimas y gritos y uno en medio del cuarto pensando que aquello no nos podía suceder a nosotros, que le pasaba a otras personas, o en las películas.

Hay momentos que no recuerdo. Espacios en blanco. Como si una tijera cortara el celuloide y después alguien pegara la cinta y botara los recortes. Pedazos que duran segundos, minutos. Todo lo arrancado suma un buen trozo de la película que veo siempre. Si pudiese recuperaría esos

pedazos —aquí ella llorando, tirada boca arriba en la cama, o yo tirándola, no sé— veo siempre un brazo, una cabeza sobre la colcha de la cama, sus cabellos sueltos, la almohada caída, sus manos agarrando las mías, que tenían más fuerza que las suyas.

Pero hay pedazos que no sucedieron. Yo podía haberla matado, mas no la toqué. Como ella, desaté a llorar. Hay secuencias que podrían estar y no están. Ahora se me pasa por la cabeza lo fácil que habría sido que ocurrieran: yo podría haberle puesto las manos alrededor del cuello y apretado un poco, pensando que era sólo un poco. Pude hacerlo. Usted no se lo imagina, o quizás hasta puede imaginarse qué tan pequeña es la distancia entre lo que ocurre y lo que no ocurre. Entre matar a alguien y no matarlo. Todos podemos, alguna vez, matar a alguien. ¿Sabe? basta tan sólo con un pequeño paso, un gesto, y acontece. Es verdad que yo estuve muy cerca.

Imagino esas escenas como si sacase cintas de celuloide de un tanque de basura. Pero sé que no sucedieron. Ella continúa viva, bonita como siempre, tal vez hasta más que antes. A veces la veo, ella es la que no me ve, no mira para los lados, camina deprisa por la calle, como si estuviese retrasada.

En los días en que la veo no consigo dormir. Hay otros pedazos de cinta que me vienen a la cabeza, los guardo en la memoria con mucho cuidado para no perderlos, ella poniendo torrijas de pan y un paquete de leche sobre la mesa, callando el despertador que comenzó a sonar, abriéndome la puerta cuando regreso de noche, pedazos de película que veo una y otra vez, cosas mínimas, a veces inconexas, que tengo que manosear con cuidado, proyectar con una lámpara no demasiado fuerte pero no correr el riesgo de incendiarlas, prefiero ver esas escenas en un tono casi sepia, tenue, prefiero no recordar las escenas de sexo aunque me vienen a la cabeza, sobre todo cuando sueño con ella, y sueño muchas veces con ella, a veces pienso qué le diría si le escribiese una carta, ya intenté escribirle pero desisto siempre, una noche soñé que ella me mandaba un video, tal vez no fue un sueño, debe ser la escena de una película que vi alguna vez, llego a casa y ella no está, después me doy cuenta de que hay un video en el reproductor, veo la cara de ella del tamaño de la pantalla y en la pantalla ella me dice que se marcha, tiene una blusa azul y una cadenita de oro en el cuello, y en la muñeca un aro que me parece de plata, me concentro en todos los pormenores de su aspecto para no oír sus palabras, está todo en su lugar, pienso, la cadena de oro, el aro de plata, la camisa azul, el reflejo de la luz en su cabello, la frente lisa brillando, está todo correcto en la pantalla y no oigo sus palabras, apenas se me ocurre pensar: te amo, eres tan bonita, se me vienen a la cabeza palabras muy gastadas, no puedo vivir sin ti, mi vida se acabó, vuelve conmigo, no aguanto más —y entonces la oigo decir que se marcha, apago el video y su cara desaparece de la pantalla, coloco el casete en el estante y pienso que es un pedazo de cinta, tan sólo eso, un papel que ella representa bien, es verdad que tendría talento para actriz, la próxima vez podría representar un papel diferente, pero sé que nunca la veré como la mala de la película.

Tal vez usted no me crea lo que le voy a decir, hice copia de todas sus películas, quiero decir, de todas las filmaciones de aficionado que le hice. Sí, también tengo mi pequeña máquina de filmar, probablemente es por eso que pienso tanto en las cosas como si fueran una película. Si le hablara de mis filmaciones nos quedaríamos aquí la noche entera. Puede que no sean buenas, pero son casi toda mi vida. O lo eran antes de que ella se marchara. Esté tranquila, no le voy a hablar de eso.

Sólo le quiero decir esto: guardé los originales y me divertí transformando las copias. Corté, pegué, cambié —ella era la estrella, la protagonista, y yo el director, el cámara, el productor, el público—, ambos teníamos todos los papeles.

Es fantástico todo lo que se puede hacer con el celuloide, descubrí que el tiempo anda para adelante y para atrás, en una escena era ayer y después años antes cuando la conocí, o ella andaba de espaldas en bicicleta o paraba de repente, o repetía hasta el infinito la secuencia en que corría a mi encuentro —ella nunca paraba de correr a mi encuentro, si yo así lo quería.

Fue así como descubrí que, manipulándolas, tenemos poder sobre las cosas, debe ser así como se hacen las verdaderas películas, y los libros son una especie de película, ¿no le parece?, sólo que tienen incluso más poder porque desde siempre han existido palabras mágicas, y todavía no hay imágenes mágicas.

Y ahí fue cuando yo vi la diferencia entre saber y no saber hacer, yo manipulaba las filmaciones y las cosas ocurrían al contrario, la bicicleta corría para atrás, pero nada de lo que yo hiciese podría traer aquella mujer de vuelta.

Entonces me acordé: yo no puedo, pero usted sí puede. Por eso le vine a pedir una dedicatoria, aquí, en este libro, para regalárselo a ella pidiéndole que vuelva. Claro que usted puede, ¿cómo no? Con la fecha de hoy bien visible —porque hace precisamente un año que ella se marchó—. Yo sé que es tarde y que usted está cansada, pero, por favor, no busque una disculpa y escriba, no importa si no cabe en la página, ya me había imaginado que diría eso y traje más hojas de papel, una dedicatoria no necesariamente debe caber completa en la página de un libro, si no cabe, qué importancia tiene, lo que importa es que ella vuelva. ¿Y si no vuelve? se preguntará la señora, por el amor de Dios, no vamos a pensar en eso, ¿cómo puede ella no volver? Si no vuelve es porque la señora no le supo decir cuánto la quiero y escribió la dedicatoria equivocada. Pero eso no puede suceder, estoy seguro, usted se esforzará en escribir lo correcto. ¿Lo hará? ■

Teolinda Gersão (Portugal)

Nació en Coimbra en 1940. Se especializó en literatura germánica y anglófona. Hasta 1995 se desempeñó como profesora universitaria. A partir de esa fecha se dedicó por completo a la literatura. Algunas de sus novelas más conocidas son: *Paisagem com mulher e mar ao fundo*, *A casa da cabeça de cavalo* y *A árvore das palavras*. Ha sido traducida a numerosas lenguas.